

San Pablo (1); ella la que nos hace comprender la longitud y la latitud, la altura y la profundidad del gran misterio de Dios (2), del gran Sacramento de la piedad divina (3) en la restauracion del Universo. Pero ya que no nos sea posible recorrer el inmenso campo de la caridad en todas sus manifestaciones, y que es fuerza reducirnos á consideraciones generales, ocupémosnos hoy de ella, como indiqué ayer, mirándola como donacion y sacrificio. Tambien bajo este punto de vista se nos presenta la Sagrada Eucaristía como la fuente de la caridad, y por consiguiente como principio fundamental de felicidad pública, elevando al hombre al sublime heroismo de todas las virtudes. Compendio de las admirables invenciones de Dios en favor de la humanidad, memorial eterno de los prodigios del amor divino que se da en alimento á los que le temen (4), el augusto Sacramento de nuestros altares es el foco de la caridad del hombre con el hombre, para que llegue la criatura á reflejar en la tierra la inefable bondad y caridad de Dios, y cumpla lo que dijo Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial (5).» Fijemos la proposicion. La doctrina de Jesucristo, única que inspira y enseña al hombre la caridad, considerada como donacion y sacrificio de sí mismo por sus hermanos: Primera parte. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por caridad: Segunda parte.

(1) Ephes. III, 19.

(2) Ephes. III, 11, 18.

(3) I Timoth. III, 16.

(4) Psalm. CX, 4.

(5) Matth. V, 48.

#### PRIMERA PARTE.

La caridad, hermanos míos, es la donacion de sí mismo, el sacrificio que hace el hombre de lo que es y de lo que tiene en beneficio de los demás y en fuerza del amor, para que resulte de ello la felicidad comun. La caridad es por lo mismo la base de la perfecta sociedad. El hombre es esencialmente sociable. Sér que necesita de otros séres para el complemento de su vida y para la realizacion de sus destinos; sér que necesita de Dios y de los demás hombres, naturalmente se une á Dios y á sus semejantes.

Fijémosnos hoy en esta segunda sociedad. La constituye la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones bajo la direccion de un Gobierno. Consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el órden humano. Esta mancomunidad perfecta no puede existir sin la caridad, sin el verdadero amor. El hombre precisamente se alimenta en su corazon del egoismo ó de la caridad. El egoismo produce una repulsion, un rechazo de cuanto nos rodea. El egoista se aísla, cierra su corazon por miedo de que llegue hasta él un sentimiento que le obligue á ceder una parte de lo que mira como suyo, ó de lo que quiere para sí. El amor, por el contrario, produce la atraccion, es expansivo y generoso, y quiere la comunicacion de cuanto tiene, para hacer feliz al objeto de sus sentimientos. El egoismo, pues, se opone á la sociedad en sí mis-

ma y en su noble fin: es preciso matarle, acabar con él; y esto solo sabe y puede hacerlo la caridad, esa pasión que, cuando es noble y pura, es también esencialmente liberal y comunicativa. El amor no puede contenerse en sí mismo, necesita salir de sí, trasladarse totalmente al corazón amado, tener con él una misma vida, sacrificarse por él, dándose todo para satisfacerse á sí propio. Hé aquí lo que decía San Agustín: «A cualquier parte que me dirija, el amor me lleva: si él marcha, yo le sigo; si se detiene, me detengo; si sube ó baja, con él subo ó bajo también (1).»

El que ama, lo quiere todo para el amado. Si se ama á sí mismo, como el egoísta, lo quiere todo para sí: si ama á Dios, todo lo quiere para Dios: si ama á sus semejantes, para ellos lo quiere todo. Y el amor, que es un sentimiento que se manifiesta exteriormente en las acciones, se refunde por lo mismo en la donación y el sacrificio. Ved por qué he dicho que la caridad, que es el amor perfecto y santo, es la donación y sacrificio de cuanto el hombre es y de cuanto tiene, en beneficio del amado: la donación de sí mismo y de todos sus bienes, transmitiéndolo todo al amado, para comunicarle sus goces y remediar sus males, como si fueran propios. Tal es el verdadero lazo social; y este lazo lo establece solo el Catolicismo, porque él solo posee la fuente de la caridad.

El Catolicismo, Señores, es la sociedad del hombre con Dios, establecida por Jesucristo y perpetuada por la Iglesia que él fundó, mediante la fe, la gracia y los Sacramentos. Esta sociedad comunica al hombre la vida de

(1) *Pondus meum, amor meus; eo feror quocumque feror.* (S. Aug. Confes., lib. 13, cap. 9.)

Dios, y la vida de Dios es amor; y comunicada al hombre le hace participar de los sentimientos de Dios. Por ello promulgó Jesucristo el gran precepto, el mandamiento nuevo, no conocido antes en el mundo: «Amaos mutuamente, sin diferencia de amigos y enemigos: amaos todos, pero amaos como yo os he amado (1).» ¿Cómo nos ama Jesucristo; cómo nos manifiesta su amor? Por medio de la donación, por medio del sacrificio de sí mismo.

Dios, que lo criara todo, y todo lo dió al hombre en testimonio de amor, va más adelante en su donación, y sintiendo en sí un amor infinito, le hace un don infinito también; le da á su Hijo (2). Se nos ha dado un niño, nos ha nacido un hijo, exclama Isaías (3). ¿Cuál es su nombre? Emmanuel (4), Dios dado al hombre, Dios comunicado al hombre, Dios hecho compañero del hombre (5). Hé aquí la Encarnación: hé aquí toda la vida de Jesucristo. Dios, que se da al hombre como inteligencia; Dios, que se da al hombre como poder; Dios, que se da al hombre como amor; Dios, que se da todo al hombre, tomando la naturaleza humana. En esto, dice el discípulo amado de Jesucristo, en esto se manifestó la caridad de Dios hácia nosotros, en que envió á su Unigénito al mundo para que vivamos por él y vivamos de su misma vida (6). Este amor es el gran modelo presentado por el Catolicismo al género humano, y en vista del cual dice Jesucristo: «Amaos como yo os he amado:» daos unos á otros como yo soy un don del Padre, y como yo me doy

(1) Joann. XIII, 34.

(2) Id. III, 16.

(3) Isai. X, 6.

(4) Id. VII, 14.

(5) Matth. I, 23.

(6) I Joann. IV, 9.

á vosotros. Dad vuestros bienes, daos á vosotros mismos. Ved ahí la fuente de la caridad católica. Así es como Jesucristo excita en el corazón del individuo y en la sociedad esa pasión noble, esa necesidad de darse como inteligencia para ilustración del ignorante, como fuerza para apoyo del débil, y como riqueza, sobre todo, para socorro del desgraciado. Y cuando el hombre, sintiendo la presión del amor divino, exclama: Yo quiero amar, yo quiero darme; ¿cómo lo haré para corresponder á mi Dios? la religión dice: Da, da á Jesucristo en la persona del niño, en la persona del ignorante, en la persona del pobre. Fijándose en este último, en el pobre, dice Jesucristo al hombre: «Lo que hagas en favor suyo, á mí mismo me lo haces (1).» ¡Qué ideas tan sublimes inspira esta doctrina! ¡Qué armonía tan sorprendente prepara para el desenvolvimiento del plan divino en el orden social.

Por más esfuerzos que se hagan en el mundo, siempre habrá en la sociedad hombres que nadan en la abundancia, y hombres que viven en la privación y la indigencia. Así ha sido siempre, y así será. Son muchas las causas de esta desigualdad. Jesucristo ha dicho: «Siempre tendreis pobres entre vosotros (2);» y de esta palabra, como de todas las demás del Evangelio, dice el mismo Hijo de Dios: «No pasarán; antes pasarán el cielo y la tierra (3).» Como en prueba de ello, Jesucristo, que vino á ser el modelo del hombre en todos los estados, quiso ser pobre y serlo hasta el último extremo, para que no faltase al desgraciado un ejemplo divino y un consuelo celestial, viendo divinizada la pobreza en

(1) Matth. XXV, 40.  
 (2) Joann. XII, 8.  
 (3) Luc. XXI, 33.

Jesucristo, que llama además bienaventurado al pobre (1), y á él dice haber sido enviado de un modo especial (2). ¿Cuál es el designio de Dios sobre la humanidad, al dar á uno los bienes, la riqueza que niega á otros? Es, amados míos, el de que la abundancia de unos supla la indigencia de otros, á fin de establecer la armonía, que solo está en la gradación. Ved el grande orden de la Providencia. Según él, la donación de bienes, es decir, la limosna, es la primera y esencial condición de la vida social; y para que esta condición se cumpla, y esta donación se haga por la caridad, Jesucristo trasfiere sus derechos al pobre, haciéndole representante suyo, para que á él dirija el hombre el amor que debe á Dios. ¿Y quién será el rico que se olvidará del pobre ó le rechazará cuando en su persona viene el mismo Jesucristo á implorar su piedad, cuando es un Dios el que le dice: «Yo, que soy el Criador, de quien has recibido cuanto tienes; yo, que soy el Redentor, que por tu salud he bajado del cielo y me he dado á ti; yo, que te prometo una felicidad eterna, en reconocimiento de lo que te he dado, en retorno de lo que te tengo prometido, te pido un don? ¿Me negarás un tributo de las riquezas que por mí has recibido? Con esta doctrina desaparece el desorden de todas las pasiones. Conmóvidos por la voz de su Dios, comprendiendo los sufrimientos y respetando los derechos del pobre, los ricos dan y se santifican por la caridad. A su vez los pobres devuelven al rico amor y gratitud, y se santifican con la humildad y la paciencia. El rico imita á Dios Criador, que lo posee todo, y pone su gloria en darlo todo; el pobre imita á Dios Redentor, que no poseyendo nada, pone su gloria en la desnudez

(1) Matth. V, 3.  
 (2) Luc. IV, 18.

y el sacrificio; y enlazados ambos por la caridad, y abrazándose con la efusion de esta pasion divina, labran su mútua felicidad. Hé aquí la idea católica: hé aquí el plan social del Catolicismo, que une y estrecha los extremos por la caridad. En él, dice San Agustin, no se oye decir como á aquel jóven del Evangelio: «Señor, decid, mandad á mi hermano que divida conmigo su hacienda;» y á quien Jesucristo respondió: «Hombre, ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros? Guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no está en la abundancia de las cosas que posee (1).» Nosotros, continúa el santo Doctor, llevando la caridad hasta donde nos es posible, interpelamos al Señor, pero con otras palabras. «Señor, le decimos, decid á mi hermano que posea conmigo mi herencia. La codicia, el amor de la tierra, pide y quiere la division; la caridad no desea sino la reunion (2).

Volvamos al amor de Dios, á la caridad de Jesucristo. No solo nos la manifiesta con la donacion, sino tambien con el sacrificio. Se abate, se humilla, sufre, y muere; muriendo perdona, y perdonando salva. Nos amó, dice San Pablo, y se entregó á la muerte por nosotros (3). ¡Cuán grande aparece esta caridad! continúa el mismo

(1) Luc. XII, 15.

(2) Merito non audivit fratrem contra fratrem interpellantem et dicentem: Domine, dic fratri meo, ut dividat mecum hæreditatem.... ¿Quis constituit me divisorem hæreditatis inter vos? Colligere veni, non dividere; ideo, inquit, dico vobis: cavete ab omni cupiditate. Cupiditas enim cupit dividere, sicut charitas colligere. ¿Quid est autem cavete ab omni cupiditate, nisi impleamini charitate? Nos charitatem pro captu nostro habentes interpellamus Dominum.... sed non hac voce, non hac postulatione; ille enim dixit: Domine, dic fratri meo dividat mecum hæreditatem; nos dicimus: Domine, dic fratri meo, teneat mecum hæreditatem. (S. Aug. Serm. 6, lib. 17 Homil.)

(3) Gal. II, 20.

Apóstol. Apenas se encontrará quien se sacrifique por un hombre justo, mientras que Jesucristo se sacrifica por los pecadores, por los que la iniquidad tenia muertos, á fin de que recobren la vida (1): aún más; muere á sus manos, y ruega por los que le crucifican, y perdona á los que le insultan (2). ¡O caridad! ¡Cómo llega al exceso de que Cristo hablara con Moisés y Elías en el Tabór! (3) En esto, exclama San Juan, en esto acabamos de conocer el amor que Dios nos tiene, en que sacrificó su vida por nosotros: nosotros, á su ejemplo, debemos sacrificarla por nuestros hermanos (4).

En efecto; Jesucristo, perdonando á sus enemigos y sacrificándose por todos, confirma el sublime precepto del Cenáculo: amaos como yo os he amado. Con ello da un golpe de muerte al egoismo que domina el corazon humano; penetra los abismos de ese corazon, busca en sus más recónditos pliegues al egoismo, y lo arranca; se eleva á la region de las ideas, y las ilustra; desciende á la esfera de las acciones, y presenta el modelo. Recordemos la doctrina de Jesucristo. «Habeis oido que fué dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos del Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los pecadores (5).» ¿Habeis alguna vez fijado la atencion en estas máximas del Catolicismo: amad á vuestros enemigos; es

(1) Rom. V, 7, 8.

(2) Isai. LIII, 12; Luc XXIII, 34.

(3) Luc. IX, 31.

(4) I Joann. III, 16.

(5) Matth. V, 43 et seq.

decir, no aborrezcais á nadie, á nadie trateis como enemigo? Si los demás no te aman, ámales tú. El amor engendra amor. No distingas de buenos y malos, de amigos y enemigos; haz bien á todos. Si ellos te ofenden, tú bendícelos; favorece al que te ha ofendido, en vez de vengarte, y vécele con el amor (1). En esto se conocerá que sois mis discípulos (2): así sereis hijos del Padre que está en los cielos; esto es, así sereis todos hermanos (3). Jamás filósofo alguno habló de esta manera. Los sistemas anticatólicos, partiendo del egoismo ó dirigiéndose á él, sancionan la division, la venganza y el odio; y mientras el hombre sea egoísta, es decir, mientras se mire como principio y término de sí mismo, como centro al cual han de dirigirse todas las cosas, encontrará enemigos por do quiera, porque siempre verá hombres que sirven de obstáculo á sus aspiraciones; siempre se creará perjudicado y herido por ellos.

El Catolicismo, por el contrario, mata el egoismo, condenando la division, el odio, la venganza. Hé aquí la verdadera fraternidad: *Amaos, y sereis hijos del Padre que está en los cielos*. La que los demás sistemas tratan de fundar, es una fraternidad de teoría, y si se quiere de derecho. Todos los hombres, dicen, son hermanos; todos tienen derecho á ser tratados como hermanos. Y escriben estas hermosas palabras con gruesos caracteres en los libros, y las repiten en pomposos discursos, y las imprimen en la primera página del libro de las leyes. ¿Qué más hacen? Nada más: esto es todo, porque no pueden más. Ni dan al hombre la fuerza necesaria para elevarse sobre las miserias de su propio sér, ni destru-

(1) Rom. XII, 14, usq. in finem.

(2) Joann. XIII, 35.

(3) Matth. V, 45.

yen el egoismo, ni ponen en su lugar la planta fecunda de la abnegacion y del sacrificio. Hacen más bien lo contrario, porque olvidando ó aparentando olvidar, que entre los hermanos hay mayores y menores, proponen y predicán una igualdad absurda; engendran el orgullo, provocan la insubordinacion, sin la cual no es posible la sociedad; y si gradacion llegan á admitir, porque es necesaria, estos predicadores de la igualdad, la admiten solo á condicion de ser ellos los primogénitos de la gran familia, anulando en su favor la máxima fundamental de su doctrina, y produciendo el absurdo de igualdad y desigualdad al mismo tiempo. Quieren todos ser primogénitos, ser cabezas; y estorbándose mutuamente, se odian y persiguen; y teniendo siempre en sus lábios la hermosa palabra *hermanos*, tienen en su corazon egoísta la horrible palabra *enemigos*, y en su mano la espada, si no el puñal, para conquistar la pretendida fraternidad, sacrificando á sus hermanos. Lo que el hombre necesita, Señores, no es una frase sonora; no es una idea pomposa impresa en un libro; no es un derecho nominal consignado en un código; es una virtud real y práctica, arraigada en el corazon; y la virtud no nace en los libros de los filósofos, ni en los códigos de los legisladores, ni en las convulsiones de la revolucion; nace solo en la tierra donde Dios esparce su semilla. Esa tierra es nuestro corazon; esa semilla el amor de Dios, y con él sus palabras: «Amaos como yo os amo; perdonaos como yo os perdono; más aún, haced bien á los que os hacen mal, como yo lo hago.» Hé aquí la verdadera fraternidad. Su esencia es una virtud; la virtud es la victoria que el hombre alcanza sobre sus pasiones; es el sacrificio del egoismo en aras de la caridad.

Esa virtud, dice San Pablo, engendra la paciencia, la benignidad y la dulzura, y rechaza la envidia, la am-

bicion, la ira y toda iniquidad (1). Donde hay caridad no vereis estos males, no vereis el egoismo; vereis por lo mismo la union, el sacrificio, el amor á todos. Por ello concluye el Apóstol: esforzaos en conservar la caridad, el amor de la fraternidad (2). Hé aquí la caridad católica, Señores. ¿La encontrareis igual en los sistemas filosóficos? ¿Por qué no hemos de buscar sencillamente la verdad, que ha civilizado al mundo, y se ha de sustituir con pomposas frases que nada tienen de positivo, y que, como dice San Judas, sembrando vientos, no dan sino cosecha de tempestades? (3) Escuchad ahora las últimas palabras de Jesucristo en orden á la caridad. «Amaos, y sabed que nadie tiene un amor tan perfecto como el que muere por los que ama (4). Yo lo hago por vosotros, para daros ejemplo de este perfecto amor.» Nosotros, añade San Juan, nosotros debemos por lo mismo morir por nuestros hermanos (5). Ved el término de la caridad: la muerte, el sacrificio de la vida por amor á los demás. ¿No es esta la más sublime fraternidad?

De este modo nos conduce Jesucristo al fin propuesto. Primero estrecha y une las voluntades; despues enseña la donacion de bienes; luego infunde el amor á los enemigos; y por fin, prescribe el sacrificio de sí mismo en las aras del amor al prójimo; y siempre al lado del precepto coloca el modelo, y el modelo es él mismo, el hombre perfecto, á quien nadie pudo argüir de pecado (6), el objeto de las complacencias del Eterno Padre, que nos

(1) I Corinth. XIII, 4.

(2) Rom. XII, 10; Coloss. III, 14; Hebr. XIII, 1.

(3) Osee VIII, 7.

(4) Joann. XV, 13.

(5) I Joann. XIII, 3.

(6) Joann. VIII, 46.

dice: «Es mi Hijo muy amado; escuchadle (1). Mirad, y haced segun el modelo que en él os he presentado (2).» El hombre, contemplándole, se confunde al ver su egoismo, sale de su apatía, y exclama: yo tambien quiero darme como él; yo tambien quiero morir como él, sacrificarme como él: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (3). El verdadero católico lo ha hecho siempre, sacrificando su reposo, su salud y su vida por sus hermanos.

El hombre, poseido de la caridad se da á sí mismo en todo cuanto es. El Apostolado, con todos sus trabajos, ha sido siempre la donacion del hombre como inteligencia. El deseo de comunicar á los otros la verdad y la vida eterna, que consiste en conocer al Padre y á Jesucristo (4), ha llevado y lleva al católico por el camino de los sacrificios á las últimas regiones del mundo. ¿Qué interés mueve al misionero en sus empresas? Interés de la tierra ninguno: en ella no recoge sino la privacion, la pobreza, la enfermedad, tal vez el tormento y la muerte. Su interés se reduce á la gloria de Dios, y á la felicidad de sus hermanos. Encendido su corazon con la llama del amor, quiere cumplir el deseo de Jesucristo: *Ignem veni mittere in terram. ¿Et quid volo nisi ut accendantur?* (5) Sus armas son su Crucifijo; su elocuencia, la caridad. Cuando un pueblo le ha oido, y conoce ya á Dios, y viviendo segun su ley es feliz, el misionero no descansa gozando el fruto de su conquista. Deja este pueblo, civilizado ya por su trabajo, y corre en busca de otro inculto, y despues á otro; y si la muerte no le detu-

(1) Matth. XVII, 5.

(2) Exod. XXV, 40.

(3) Joann. XI, 16.

(4) Id. XVII, 3.

(5) Luc. XII, 49.

viese en su carrera, el mundo entero vería al Apóstol de Jesucristo, porque el amor nunca dice: *basta*. El ejemplo lo teneis en Vicente Ferrer, que á pié evangelizó casi toda Europa: lo teneis en Francisco Javier, que recorrió del mismo modo más de diez reinos de la India y del Japon; y en tantos otros, cuya sangre ha regado la China y el Tong-King, cuyos sudores han fertilizado las Américas, y están fecundando el centro del Africa.

El protestantismo ha querido parodiar el apostolado Católico. Pero ¿qué ha hecho? Especulaciones mercantiles, levantando en vez de templos, factorías, á cuya sombra ha difundido sus libros y sus máximas de egoísmo, y ha perseguido al misionero Católico. Falto de caridad, y no buscando sino la tierra y el dinero, se ha lanzado allá donde ha previsto el goce y la abundancia: donde ha visto la privación y el sacrificio, se ha retirado, dejando el campo al misionero de la verdad y de la caridad. El protestante, lo mismo que el filántropo, no deben sacrificarse. El sufrimiento lo busca solo la caridad: cuanto más padece, cuanto más se humilla, tanto más se esfuerza, y crece, y se dilata, porque oye siempre aquella palabra: «Nadie ama tanto, como el que sacrifica su vida por sus hermanos.» Al eco de esta palabra, salida de los labios de un Dios Crucificado por el hombre, el que le ama ya no se detiene, lo vence todo, lo da todo, lo sacrifica todo por imitar y seguir á su Dios, haciendo bien á los que padecen y á los que lloran. Quiere dar á todos cuanto tiene, y les da su corazón con su amor, su salud y sus fuerzas con sus servicios, su vida con sus sacrificios. La caridad católica, abrazando á todos los hombres, para todas las miserias humanas crea un servicio gratuito de consagración y de sacrificio, que hace llegar á la morada del más desconocido de los hombres, lo que sin ella apenas se da á la propia familia,

¿Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que ha dado padres y madres á todos los desgraciados? Estudiando en cada siglo la miseria que le era propia, ha suscitado cada vez nuevos servidores del hombre. Los moros invaden el Mediodía de Europa, y reducen á esclavitud á los cristianos. La Iglesia tiene un Pedro Nolasco y un Juan de Mata, que instituyen una orden de hombres caritativos, que se consagran á trabajar por la libertad de sus hermanos cautivos, y se obligan con voto á hacerse voluntariamente esclavos para que sus hermanos sean libres; á dar su propia libertad por la de sus hermanos. ¿El cálculo y el interés reducen á amarga servidumbre á los pobres negros, para que, trabajando como bestias, hagan ricos á los blancos? En el campo de la caridad aparece, entre otros, Pedro Claver, que jura hacerse esclavo de los esclavos, y morir sirviéndolos por amor de Jesucristo; y lo cumple, pasando cuarenta años en este sacrificio. ¿El crimen y el libertinaje cunden, y dan por fruto seres desgraciados, cuya existencia amenaza la desesperación, ó el cinismo de los mismos autores de sus dias? Un Vicente de Paul, un Gerónimo Emiliano se encargan de recojerlos, y levantan casas de asilo donde los expósitos encuentran padres y madres, que les aman más que los mismos autores de sus dias. ¿Crecen la miseria y el dolor? La caridad funda y mantiene hospitales; las Hermanas de la Caridad vienen á sentarse á la cabecera del enfermo y del moribundo para compartir sus dolores; y las Conferencias de San Vicente de Paul, llevan el pan y el consuelo á cuantos padecen en medio del mundo, embriagado en sus goces, que pregonando fraternidad y filantropía, hasta se desdeña de mirarles.

Para alcanzar tan magníficos resultados, la Iglesia no hace sino repetir la palabra de su Fundador: «Amaos unos á otros; miradme á mí en la persona del pobre y